

# Carlos Carrión, *El teniente y su cerdo de confianza*

Loja: Mundimar Ediciones, 2019

Carlos Ferrer

Academia de Artes Escénicas de España

El lojano Carlos Carrión Figueroa (1944), considerado como uno de los maestros en el empleo del humor como herramienta narrativa, con más de una docena de libros en su haber, ha publicado en 2019 el volumen de relatos *El teniente y su cerdo de confianza* en la editorial Mundimar. Su obra narrativa se sustenta en cuatro ejes: humor, ironía, amor y mujer. En el citado libro encontramos los dos primeros, porque es una sátira que ridiculiza una realidad estancada con la alegría del humor como punto de partida, no como horizonte, y que conjuga lo prosaico, lo cotidiano con lo insólito sin establecer jerarquías, logrando una intensidad en su prosa sin recurrir a ningún exceso retórico. Carrión no recrea la realidad para quebrarla o destruirla, sino para ridiculizarla por medio de un humor, que introduce un elemento anómalo entre la parsimo-

nia predominante. En todo el libro transita, sin meandros proustianos, un humor sutil, una límpida crítica social al consumo de alcohol, a la migración a España, al catolicismo fervoroso, a la política dictatorial y a los medios de comunicación. Carrión, mediante una prosa carente de lirismo exacerbado, que va más allá de los fuegos de artificio, desarrolla su compromiso orquestado sobre una voluntad dialéctica, encaramado en una lucidez, en una actitud que se revela como un atavío moral, que rechaza el carnaval residente en los cantos de sirena provenientes de los limbos anestésicos de la condición posmoderna, ajeno a los altares de la efímera notoriedad.

El citado volumen contiene cinco cuentos, cinco casos, protagonizados por el descreído teniente político Cornelio

González, de 80 años, con la eutrapelia corriendo por sus venas, con la carnal arcilla de un rostro donde nunca florece la sonrisa, y su cerdito adoptado Ramón, tan fiel como la cojera del teniente, criado durante muchas noches en sus brazos. Cornelio, casado con Matilde, mujer flaca habituada a las privaciones, es capaz de buscar al asesino entre los muertos si hace falta y de resolver los casos por inacción, la sucesión de los días hace que la calma vuelva a reinar a sus anchas una vez olvidada por pura pereza la novedad policial. Es la época de los caminos de árida tierra, del telegrama, del tiempo que pasa sin la turbación ni siquiera de una luz angosta, sin la tentación de una gloria vana para unas existencias sin edulcorar de unos supervivientes del naufragio de sus propias vidas, adaptados a la derrota por su incapacidad y falta de voluntad para vencerla. No hay una búsqueda de la armonía o de la satisfacción, la pobreza conduce a los personajes al brío cotidiano abortado y al tedio de una grisura nada épica, como si estuvieran salidos de las páginas de Julio Ramón Ribeyro, sin vorágine, sin frenesí, sin pasión irremediable. Cualquier incipiente destello es sofocado por el desdén, la competencia desaparece como por ensalmo.

Los relatos están ambientados en Matalanga (trasunto de

Malacatos), localidad sin bienestar alguno, donde el alcohol compite con el catolicismo como religión y donde predominan las «casas de un piso, con paredes de adobe, el techo de teja y un traspatio» (97); sin progreso a la vista, ni siquiera la migración a España es una solución. En el primero de los relatos, “El caso del occiso de pésimo carácter”, el finado es Rosendo Aguilera, «cuarenta años de solterón perplejo, su camisa y su pantalón sin nada sospechoso, su cara de trotamundos de confianza, su buen color de madrugador impune» (12), hallado muerto en circunstancias desconocidas. La investigación conduce a Cornelio a interrogatorios disparatados, a hipótesis descabelladas y a pesquisas descabezadas, pertrechado con una lupa de catorce aumentos, un fusil inerme usado solo como bastón y un trozo de panela en el bolsillo. Si en “El caso de la pierna milagrosa”, un macabro hallazgo lleva al paroxismo a las beatas del lugar, en “El caso del tonto con voz de plata pura”, el sacristán Tarquino Cevallos y su hijo Macario «de dieciocho años atónitos y un pantalón de tirantes de niño» (98) alertan de la desaparición de una campanita celestial, que emite «música de plata» (98), lo que propicia el descubrimiento de una sociedad oscilante entre la farsa y la mascarada y dominada por un pragmatismo totalmente

acomodaticio. “El caso del hombre de doscientos años” narra la desaparición de Teodomino Carpas, el longevo de Vitabamba (trasunto de Vilcabamba), pobre de solemnidad y únicamente sostenido por las gringas de buen ver que llegan atraídas precisamente por la longevidad de sus gentes. Carpas vivía cual atracción turística en una casa-museo dispuesta para la ocasión. Cornelio acude a la llamada de su colega Teófilo Granda para localizar al viejito terco, así como las pertenencias volatilizadas del lugar. Finalmente, en “El caso del pueblo vuelto ojo de hormiga”,

el pueblo de Ciriaco desaparece del mapa de la noche a la mañana por completo, suceso que concita la molesta presencia en la zona de las fuerzas gubernamentales, con toda la inútil parafernalia. Carrión, hábil pontífice de la mirada escrutadora y alejado de la narrativa que se enroca en el yo, muestra, por medio de miserables anécdotas, un puñado de personajes que parece que viven por vivir con la indolencia como bandera, con la miseria como compañía y el refugio del alcohol como consuelo sin otra motivación que la de esperar para comprobar si mañana sale el afilado sol de nuevo.

**Carlos Ferrer** (Benidorm, 1976). Ejerce la crítica desde 2014 en la revista literaria *Rocinante*, entre otras; ha publicado en revistas de Bulgaria, Brasil, México, Serbia, Nicaragua, Ecuador, Colombia, Uruguay, Chile y España; es autor de cuatro libros editados en Ecuador, Alemania y España, además de jurado en premios de España y Ecuador. Miembro de la Asociación Española de Críticos Literarios y de la Academia de Artes Escénicas de España.